



## La conversión al cristianismo en los primeros siglos<sup>1</sup>

por Alan Kreider

Para los que se interesaban en la fe cristiana, la conversión suponía llegar a ser la clase de persona que fuera apta para pertenecer a una comunidad caracterizada por la compasión. Esto no podía suceder rápidamente. Solamente se conseguía cuando los candidatos se sometían a un proceso de «resocialización», donde su nueva comunidad supervisaba la transformación de sus creencias, su sentido de pertenencia, y su manera de comportarse. Ya no vivirían según los valores de la sociedad dominante. Un proceso de examen, instrucción y ritual rehabilitaba a los candidatos para su conversión, generando en ellos reflejos nuevos para el estilo de vida propio de una comunidad alternativa.

Cómo exactamente se conseguía esto tiene que haber variado bastante entre una comunidad cristiana y otra. Pero por los documentos que tenemos del norte de África y de Palestina, así como la célebre y enigmática *Tradición apostólica*, que se atribuye generalmente a Hipólito, nos enteramos del camino seguido en la conversión. En su forma plenamente desarrollada ya en el siglo IV, normalmente incluía cuatro etapas.

En la 1ª etapa, la de evangelización, el contacto entre los cristianos y el creyente en potencia era informal y

dependía de la experiencia particular de la persona. Esta etapa concluía cuando los que se sentían atraídos por el cristianismo se dirigían a los líderes de la iglesia para solicitar instrucción.

Si los líderes, habiendo examinado a los candidatos, los aprobaban, entonces eran admitidos a la 2ª etapa, el catecumenado. Ahora los candidatos, habiendo dejado atrás sus antiguos valores y solidaridades, se comprometían al camino de conversión. Como catecúmenos, los candidatos ya no se consideraban paganos, pero tampoco eran todavía miembros de la comunidad cristiana. Varias veces a la semana recibían instrucción que contribuyera al proceso de conversión. La enseñanza parece haberse concentrado en dar forma nueva a la *conducta* del convertido.

Cuando la conducta del candidato se juzgaba suficientemente cambiada, él o ella era admitida a la 3ª etapa —la iluminación— que se centraba más en las *creencias*. En esta etapa los catequistas se ocupaban de impartir a sus

candidatos una enseñanza ortodoxa. Los candidatos también recibían exorcismos y otras formas de preparación espiritual que culminarían en los ritos bautismales con que los catecúmenos «nacían en el agua».

Es en este punto cuando por fin experimentaban lo que era *pertenecer* como miembros plenos de la comunidad cristiana. Ahora podían participar en las oraciones de la comunidad y en la eucaristía. En el siglo IV se añadió una 4ª etapa —la iniciación en los misterios— donde los catequistas, la semana después de Pascua de Resurrección, explicaban el significado de los ritos (bautismo y eucaristía), y de la *experiencia* en que los creyentes nuevos empezaban a participar.

### La conversión en la *Tradición apostólica*

La fuente más antigua que nos detalla este proceso es la *Tradición apostólica* que, al parecer, explica las prácticas de diferentes iglesias en el siglo III. Según este documento, la persona que por motivos de amistad

<sup>1</sup> Alan Kreider, *The Change of Conversion and the Origin of Christendom* (Harrisburg, Pennsylvania: Trinity Press International, 1999, pp. 21-26. Traducido y ligeramente revisado por DB para *El Mensajero*.

#### También en este número:

No límites a Dios	3
Cinco años de CTK	5
Cuestionada la «guerra justa»	6
¿Por qué me identifico como...?	8
Noticias de nuestras iglesias	11
Diccionario: bautismo	12



*Bautisterio de los primeros siglos del cristianismo, en el Neguev (Israel). La persona que se bautizaba descendía por los escalones de un lado y salía por los del otro. El espacio del salón era limitado, los testigos muy pocos y la luz tenue, por la desnudez necesaria para este baño cristiano de purificación ritual.*



En los primeros siglos, los cristianos de Roma se reunían clandestinamente en las catacumbas —excavaciones subterráneas para la sepultura de los muertos.

—como era característico en la informalidad de la 1ª etapa— había decidido adherirse a la comunidad cristiana, se dirigía a un amigo o promotor, que una mañana cualquiera lo acompañaba a conocer a los maestros cristianos antes de una de las sesiones catequísticas habituales. En este primer encuentro o «escrutinio», que era necesario para pasar a la 2ª etapa, los maestros no recibían con brazos abiertos a los candidatos en potencia. Al contrario, preguntaban insistentemente, tanto a la persona que los promovía como al propio candidato en potencia, acerca del rango social, la ocupación y la conducta del candidato.

El interés esencial de los catequistas aquí era determinar si los candidatos eran de verdad «capaces de oír la palabra». ¿Vivían de tal manera que les permitiera entender las enseñanzas de la iglesia? ¿Cuál era el estado matrimonial del candidato? Si los candidatos eran esclavos, ¿qué opinaban sus amos? ¿Tenían los candidatos alguna profesión que les exigiera conductas que repudiaba la iglesia — idolatría, astrología, matar, promiscuidad sexual? Si ese era el caso, «sea tal persona rechazada». Si la persona se encontraba en una profesión difícil, como el servicio militar, podían ser admitidos al rango de catecúmenos solamente si prometían no matar. Si un soldado derramaba sangre o si un catecúmeno se alistaba a las legiones, «sea el mismo rechazado».

Esto nos puede parecer excesivamente severo y legalista hoy; tal vez

hasta perverso. ¿Cómo podía la comunidad desinteresarse de miembros en potencia porque no vivieran conforme a las normas del grupo *ya antes* de recibir instrucción? Pero los catequistas cristianos tempranos estaban procurando, no tanto impartir conceptos, como cultivar comunidades cuyos valores fueran marcadamente diferentes a los de la sociedad convencional. Los líderes cristianos tenían asumido que la gente no es que emprenda una vida nueva gracias a recibir ideas nuevas; viven de tal manera que condiciona su manera de pensar. La socialización y la profesión y los compromisos vitales previos de los candidatos, iban a determinar si eran capaces de recibir lo que la comunidad cristiana consideraba ser buenas noticias.

Habiendo pasado el primer escrutinio y ser aceptados para recibir instrucción, los catecúmenos abordaban la 2ª etapa del camino de la conversión. Pronto por la mañana varias veces a la semana, los candidatos — acompañados a veces por sus promotores— se reunían para «oír la palabra». Cuando el maestro terminaba la lección, los catecúmenos y creyentes se dividían en grupos por separado. Mientras los creyentes oraban y se intercambiaban «la paz», los catecúmenos oraban aparte sin darse la paz («... por cuanto el beso de los tales todavía no es santo»). Entonces, habiendo el maestro impuesto las manos sobre cada uno de ellos con oración, salían cada cual a su trabajo.

Este régimen de catequesis diaria se podía prolongar lo que a nosotros nos puede parecer un tiempo muy largo. La versión sahídica (copta) de la *Tradición apostólica* (que data del siglo III) pone que podía durar tres años; según la versión hispánica de principios del siglo IV, el catecumenado podía durar cinco años. En cualquier caso lo que importaba no era la duración sino la propia conversión, de tal suerte que el catecumenado podía ser mucho más breve: «Si alguien pone mucho esmero y persevera, no debe considerarse el tiempo transcurrido sino solamente su conducta» (*Trad Ap 17*).

La *Tradición apostólica* nos defrauda por lo poco que cuenta acerca de los contenidos del catequismo. Deja claro que el ejemplo de los miembros de la iglesia, entre ellos los promotores, era esencial para guiar la conducta de los catecúmenos. Cuando los miembros estimulaban la conducta de los catecúmenos, las enseñanzas de Jesús tienen que haber sido esenciales, por cuanto «tenéis siempre a Cristo en la memoria» (*Trad Ap 41*). El interés del escrutinio —el examen en que culminaba el catecumenado— tenía que ver con cuestiones prácticas; y esto seguramente indica qué es lo que los catequistas intentaban enseñar. Con el ejemplo y con la instrucción, los catequistas estaban dedicados a reformar la conducta de los candidatos. Y el éxito de esa reforma iba a determinar si los candidatos podían avanzar en el camino de la conversión. Cuando los candidatos y sus promotores estaban de acuerdo de que ya estaban viviendo como cristianos, entonces se presentaban juntos ante los líderes de la comunidad para pasar un segundo escrutinio, que en esta ocasión tenía que ver con la conducta y el estilo de vida:

¿Han vivido vidas buenas cuando fueron catecúmenos? ¿Han honrado a las viudas? ¿Han visitado a los enfermos? ¿Han hecho todo tipo de buena obra? (*Trad Ap 20*).

Si los promotores podían indicar que los candidatos en efecto habían estado viviendo conforme a los valores y las prioridades de la comunidad cristiana, entonces podían pasar a la 3ª etapa de su camino. Como lo

expresa la *Tradición apostólica*: «Que oigan ahora el evangelio».

A partir de ahora, en las últimas semanas antes del bautismo, los candidatos asistían a diario al catecismo. La *Tradición apostólica* no especifica qué es «el evangelio», lo cual hoy puede generar algo de desconcierto. Tal vez con esto se esté indicando el proceso por el que los catequistas instruían a los catecúmenos sobre las creencias de la iglesia, la cuales empezaban a cuajar en formas incipientes de los credos —como «reglas de fe» locales— y les advertían del peligro que encerraban las diferentes herejías. Durante este tiempo es posible que los catecúmenos conocieran por primera vez el Padrenuestro. También recibían cada día un exorcismo. Al acercarse su bautismo, el obispo sometía a cada candidato a un tercer y último escrutinio. Esta vez el escrutinio consistía en un exorcismo. El interés del obispo era asegurarse de que los candidatos estuvieran «puros» y fueran «capaces de oír la palabra de la fe», por cuanto «el Extraño» había quedado completamente desarraigado.

En caso afirmativo, los candidatos se acercaban a la culminación de esta 3ª etapa de su camino de conversión —los rituales purificadores de la vigilia de Pascua de Resurrección. El sábado el obispo convocaba a los candidatos para exorcizarlos por última vez y les soplaban en la cara.

Estaban procurando, no tanto impartir conceptos, como cultivar comunidades cuyos valores fueran marcadamente diferentes a los de la sociedad convencional. Los líderes cristianos tenían asumido que la gente no es que emprenda una vida nueva gracias a recibir ideas nuevas; viven de tal manera que condiciona su manera de pensar.

Entonces los candidatos eran desvestidos y ungidos. En ese estado de desnudez, su «socialización secular» quedaba despojada. Dejaban atrás la acumulación a lo largo de la vida de intereses, valores y lealtades seculares. Renunciaban a Satanás y eran sumergidos tres veces en el agua, confesando su fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. [Por esa desnudez, los hombres y las mujeres se bautizaban por separado; las mujeres eran bautizadas por diaconisas.] Al salir del agua eran vestidos. Entonces, por fin, «entraban a la iglesia».

El obispo los ungía y los sellaba con la señal de la cruz, a partir de lo cual los candidatos quedaban incorporados como hermanos y hermanas de esta familia nueva. Esta pertenencia les brindaba solidaridad. Entre los miembros de la iglesia podían hallar hermanos y hermanas en una familia nueva —esa vinculación primordial a la que pertenecer plenamente. También suponía para ellos un peligro: hasta el año 312 el cristianismo estuvo catalogado como superstición ilícita, y todo cristiano era un candidato a la muerte.

El ingreso de los candidatos nuevos todavía no era del todo completo. Ahora participarían por primera vez en las actividades «de la familia» como la oración regular y «el beso de la paz», y recibían la nutrición del pan, vino, leche y miel con su primera eucaristía.

Sus creencias, su sentido de pertenencia y su conducta, habían sufrido una transformación durante el largo camino de la conversión, y los catecúmenos eran a partir de ahora «cristianos». Eran *neófitos* (recién nacidos), bien es cierto, pero en cualquier caso miembros plenos de la iglesia cristiana. Como tales, en algunos lugares se acostumbraba que recibieran ahora instrucción privada del obispo acerca del sacramento que acababan de experimentar. Pero a partir de ahora el cometido principal que tenían era el de vivir como cristianos: debían «apresurarse a hacer buenas obras [...] y conducirse rectamente, con celo por la iglesia, conduciéndose como han aprendido» (*Trad Ap 21*).

## Parábolas para un mundo que vive a corto plazo (XIV)

### No limites a Dios a tus conocimientos y experiencia

por José Luis Suárez

*Cuatro ciegos estaban palpando el cuerpo de un elefante.*

*Uno tocó la pierna y exclamó: El elefante es como un pilar.*

*El segundo tocó la trompa y dijo: El elefante es como una serpiente.*

*El tercero palpó la barriga del paquidermo: El elefante es como un tonel.*

*El cuarto tocó la oreja y aseguró: El elefante es como un abanico.*

*Los cuatro comenzaron a discutir sobre la figura del animal y estaban a punto de pegarse entre ellos cuando pasó un caminante quien, al verles a punto de pelearse, les preguntó qué pasaba y cada cual le explicó lo que defendía y todos le pidieron que se pronunciara en su disputa.*

*El hombre pensó un instante y dijo:*

*Ninguno de vosotros no ha visto nunca un elefante. El elefante no es como un pilar; sus piernas son como pilares. Tampoco es como un tonel; su barriga es como un tonel. Tampoco*



*es como un abanico: son sus orejas las que parecen abanicos. Y tampoco es como una serpiente, porque únicamente su trompa se parece a una serpiente. El elefante es como una combinación de todo esto, pero también es mucho más de lo que imagináis*

Esta parábola de los cuatro ciegos y el elefante, muy conocida y de origen indio, pero de autor desconocido, nos demuestra la incapacidad del ser humano para conocer la totalidad de una realidad que experimenta.

Esta historia constituye un auténtico desafío en nuestra relación con el otro, el diferente a uno mismo. Al tiempo nos permite descubrir las justificaciones de nuestros razonamientos, que la mayoría de las veces consideramos infalibles y, como tales, la única verdad posible.

Como para el creyente la única verdad está en Dios, pretendo con este artículo tener una mirada a esta parábola desde esta vertiente, al considerar que es a partir de esta mirada de nuestra vivencia de Dios que podemos sacar el mayor beneficio a esta parábola, e incluso entender mejor nuestra relación con los demás.

De entre algunas de las lecciones que podemos sacar de esta historia me limitaré a tres:

### **1. Las dificultades en la comunicación entre los seres humanos**

Cada vez son más las personas que asocian el silencio y la escucha con la sabiduría, porque en ambas actitudes se encuentra el secreto de la comunicación entre los seres humanos. La renuncia a la palabra, en un mundo donde las palabras corren a raudales y la gente apenas se escucha, nos suena a chino. Hasta suena a algo de otro planeta la propuesta de dejar de hablar y hacer silencio. Si miramos durante 15 minutos un debate político en la TV, será suficiente para constatar cómo se habla sin escuchar para nada al interlocutor. Los efectos de estos debates sirven para muy poco ya que casi nada cambia.

### **2. la necesidad del silencio y la escucha para entender a la persona con la que hablamos**

Muchas veces se habla sin parar, se habla para ocultar realidades profundas que una persona siente y experimenta. Se habla sin finalidad, ni siquiera para decir algo significativo. Se habla para no oír nada. Pero si el ser humano quiere comunicarse con el otro, debe haber silencio, ya que el silencio es una parte irrenunciable de la comunicación. Si hablamos sin escuchar al otro, difícilmente entenderemos lo que vive, lo que piensa o la situación por la que está pasando.

Callamos y creamos silencio para entender lo que el otro nos expone, pero es necesario también que nuestro corazón y nuestra alma puedan captar la profundidad de su mensaje. El primer servicio que una persona regala a su prójimo consiste en escucharlo, así como el comienzo de nuestra relación con Dios consiste en escuchar su Palabra.

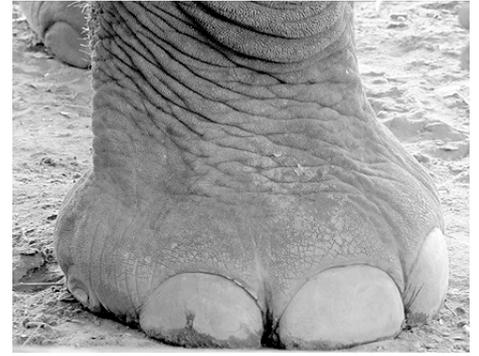
El que no sabe escuchar detenida y pacientemente a los demás, hablará siempre al margen de lo que le ocurre al otro. El que piensa que su tiempo es demasiado valioso para perderlo escuchando a los demás, difícilmente encontrará tiempo para escuchar a Dios. Sólo tendrá tiempo para sus palabrerías y sus proyectos personales.

El mundo en que nos ha tocado vivir, es el mundo de las palabras. Somos bombardeados sin parar por palabras que nos llegan por todos los medios de comunicación —incluidas las redes sociales— donde el silencio y la escucha del otro brilla por su ausencia.

Son muchas las personas que lo consideran una de las enfermedades más importantes de nuestro mundo actual y un paradigma del tiempo en que vivimos. Es una necesidad urgente darnos cuenta de este hecho y actuar en consecuencias.

### **3. Algunas pinceladas sobre lo que la Biblia nos enseña acerca del silencio y la escucha**

Una lectura global de toda la Biblia nos enseña que el encuentro del ser humano con Dios es escucha de la



Palabra Divina, para después hablar con Él. No es posible separar estas dos realidades. El silencio ante Dios es desconcertante y perturbador porque rompe todos nuestros esquemas de cómo actuamos en nuestras relaciones humanas, en las que nos consideramos el ombligo del mundo. Sin escucha y silencio a aquello que Dios quiere comunicarnos, se me antoja difícil descubrir lo que tan fácilmente repetimos: «Conocer su voluntad para nuestra vida».

La Biblia está llena de referencias a la escucha y el silencio. Jesús habló y mucho de este tema. Ya en el Sermón del Monte hablando de la oración, nos dice: «Y al orar, no uséis repeticiones sin sentido...». Estas palabras se refieren a la oración, pero incluyen la totalidad de nuestra vida cuando hablamos. Jesús nos pone en guardia con sus comentarios acerca del uso de palabras vacías y sin contenido.

La ausencia de la palabra —el silencio— es muy significativo en la vida de Jesús.

En Lucas 23,9, ee nos dice que Herodes preguntó a Jesús muchas cosas y el relato nos dice que Jesús no le contestó ni una sola palabra.

Cuenta el libro de Marcos 14,53-65 que Jesús es llevado al Consejo Supremo para acusarle. El Sumo Sacerdote le pregunta: «¿No tienes nada que alegar a lo que estos testifican contra ti?» El texto bíblico nos dice que Jesús permaneció en silencio, sin contestar ni una palabra.

En el relato que encontramos en el libro de Juan, capítulo 8, los maestros de la ley le presentan a una mujer que ha cometido adulterio. Después de afirmar lo que le dice la ley acerca de este hecho, le preguntan: «¿Tú qué

dices?» El silencio de Jesús ante esta pregunta desconcierta de tal forma a sus acusadores, que cambia radicalmente el desenlace final de la historia.

En el relato del siervo sufriente que encontramos en Isaías 53,7 se nos dice: «Era maltratado y humillado, pero él no abría su boca».

Para el creyente el ejemplo más significativo del silencio y la ausencia de la palabra lo encontramos cuando Jesús es crucificado y grita a Dios con fuerza: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

El silencio de Dios desconcierta continuamente al ser humano. Muy a menudo es aterrador, porque estamos convencidos que Él siempre debe hablarnos cuando tenemos una queja o una pregunta.

Para terminar sobre lo mucho que dice la Biblia sobre el silencio y la ausencia de la palabra, debemos recordar continuamente los primeros capítulos del libro de Job, donde sus amigos intentaron responder a su sufrimiento y a sus preguntas. Cuando leemos sus discursos y todas sus palabras, cabría preguntarse si no hubieran actuado mejor callándose y solamente acompañar sin palabras a Job en su sufrimiento.

El creyente que habla sin parar (por supuesto que con las mejores intenciones) de sus experiencias, de sus convicciones, persuadido de que lo que afirma es la pura verdad — como en la historia de los cuatro ciegos — se olvida de lo más importante: Dios es mucho más que su experiencia, mucho más que lo que conoce de él. A Dios no lo podemos meter en la cajita de lo que conocemos y vivimos y defender eso a capa y espada, como si fuéramos los depositarios absolutos de sus misterios y los guardianes de su verdad.

### Textos para ir más lejos con esta parábola

- Eclesiastés 3,7b.
- *Nadie habla con más seguridad que quien sabe callar* (Thomas Kempis).
- *Aprende a estar en silencio. Deja que tu mente aquietada escuche y absorba* (Pitágoras).



## Cinco años de CTK

por Antonio González

El **Centro Teológico Koinonía** (CTK) ha cumplido cinco años de camino. A esta altura, cabe preguntarse para qué necesitamos un proyecto como CTK en nuestro contexto histórico. Tal vez se podrían mencionar tres razones fundamentales: *actualidad, comunidad y realidad*.

### 1. Actualidad

La actualidad mencionada es la actualidad del evangelio. Vivimos en un mundo plural, en perpetuo cambio, atravesado por injusticias y violencias. En este contexto, el evangelio es, si cabe, más actual que nunca. Ahora bien, en muchos casos, se confunde el evangelio con los relatos evangélicos, o con algún tipo de actitud bondadosa en la vida. En otros casos, el evangelio es una doctrina, surgida a lo largo de la tradición teológica protestante, y convertida en píldora espiritual. Y no faltan las sustituciones del evangelio por cualquier doctrina pasajera, donde sistemáticamente desaparecen la obra de Jesús y su gracia transformadora.

En realidad, el evangelio es el poder de Dios, inseparable de Jesús mismo y de la obra de su Espíritu. Frente a cualquier escisión entre el evangelio y el Mesías, es menester regresar a las fuentes del cristianismo originario para entender por qué las buenas noticias son verdaderamente buenas, y por qué son noticias. Muchas de las formas en las que ese evangelio se ha entendido y se ha

presentado ni son coherentes con el testimonio bíblico ni son relevantes para nuestro contexto. La necesidad del evangelio es la necesidad de volver, como niños, a las fuentes originales de la Palabra, para entender renovadamente la voluntad de Dios en la presente generación. Sin eso, no habrá verdadera evangelización.

De CTK se puede esperar un trabajo en esta dirección. En lugar de permanecer atados por cadenas doctrinales, o por modas superficiales, CTK quiere ser un ámbito de renovación en el que sea posible abrirse intelectualmente a la figura misma del Mesías, tal como fue experimentada y proclamada por el cristianismo primitivo, y tal como sigue viva en el presente.

### 2. Comunidad

Por otra parte, la enseñanza teológica es un proceso comunitario. No es posible sumergirse en la teología sin recordar aquello que ya sabían los griegos: que el acto de aprender y el acto de enseñar son uno y el mismo. El estudio de la teología, como de cualquier otra disciplina rigurosa, requiere de actividades compartidas, en las que sea posible un auténtico diálogo.

Jesús no enseñaba doctrinas, sino que, mediante sus parábolas, invitaba a sus discípulos a sumergirse colectivamente en el mundo nuevo que abrían sus palabras. Del mismo modo,

Pablo no se limitaba a exponer su pensamiento, sino que estaba abierto a argumentar con las comunidades a las que servía. Sin estos procesos comunitarios, la teología perdería su sal, y se convertiría en un sistema doctrinal, separado de la vida, y de las preguntas reales del pueblo de Dios. Por eso, la comunidad teológica no es solamente una reunión para discutir. Se requiere hacer un camino en común. De ahí la importancia de crear comunidad no sólo alrededor del libro, sino también alrededor de la mesa, del pan y del vino, de la comida y del café.

En CTK queremos aprender así. No sólo se trata de que los sistemas informáticos nos permitan la comunicación a distancia. Más importante es poder reunirse durante siete sábados al año, en sesiones en las que participen siempre varios profesores junto con los estudiantes, jóvenes y viejos, pastores y no pastores, varones y mujeres, con distintos niveles de educación secular, con distintas profesiones, nacionalidades muy diversas, y con las más variadas experiencias vitales y eclesiales. El hecho de que en ese contexto variado se pueda desarrollar un diálogo serio en torno a Jesús y su Palabra, es una muestra de las bendiciones multiformes que trae el evangelio eterno del único reinado de Dios.

### 3. Realidad

El estudio teológico no sólo es un proceso comunitario, sino también un proceso en el que se responde a la realidad y se genera nueva realidad. En la vieja cristiandad se pensó que las iglesias eran un fenómeno territorial, articulado parroquialmente. Y la reforma protestante magisterial, así como también la contrarreforma católica, exigían que a cargo de la parroquia estuviera un especialista religioso, convenientemente formado por su iglesia y acreditado por el estado. El esquema básico consistía en pensar que los teólogos profesionales formarían al clero, para que a su vez el clero formara también al conjunto de la población.

Evidentemente, este esquema comenzó a quedar superado cuando se iniciaron los procesos de secularización. Sin embargo, esto no significa

que la lealtad institucional no siga siendo necesaria para las sociedades contemporáneas. Sin embargo, si las iglesias asumen su libertad evangélica, que en el fondo no es otra que la libertad de Jesús y de su Espíritu, la formación teológica ya no puede ser un proceso vertical, derivado de la autoridad religiosa o estatal de los especialistas, para así garantizar el ajuste de los creyentes al conjunto de la sociedad.

Los antiguos anabaptistas pensaron responder a este reto con un requisito básico, impensable entonces para las iglesias territoriales: la simple alfabetización de la totalidad de los creyentes, para que todos pudieran leer la Escritura y participar así en el proceso comunitario de búsqueda de la voluntad de Dios.

La realidad presente exige algo más que especialistas religiosos o comunidades alfabetizadas. La alfabetización, en la sociedad contemporánea, no consiste sólo en saber leer. Es necesario responder a nuestra civilización, en su pluralidad artística, científica, filosófica y técnica. En ese contexto, queda poco espacio para el modelo vertical de antaño. Ni la alfabetización de los creyentes ni la presencia de un especialista religioso garantizan una adecuada respuesta a los desafíos reales. Más bien se requiere que la pluralidad de la realidad se actualice en la misma enseñanza, permitiendo tanto a estudiantes como a los profesores crecer en una sabiduría que proviene de la pluralidad de las habilidades compartidas y de la riqueza de los dones del Espíritu.

De ahí la necesidad de que, en nuestro contexto, con todos sus límites, exista un proyecto como el de CTK.

Por primera vez en la historia, los días 11-13 de abril se reunieron educadores y activistas católicos en Roma para proponer que se avance más allá de la teoría de la guerra justa y se enfatizen mucho más el activismo a favor de la paz, y la vida de Jesús.

«No violencia y una paz justa. Hacia una comprensión y un compromiso católicos por la no violencia» fue el evento coordinado por la red mundial católica Pax Christi Internacional, con el patrocinio del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, del Vaticano.

—La importancia de esta reunión no es que se haya dicho nada que suponga una diferencia abismal de lo que ya vienen diciendo los papas —dijo Gerald Schlabach, un menonita que abrazó la comunión de la Iglesia Católica en 2004 y que participó como huésped invitado—. La importancia es que los activistas por la paz están ahora en conversación con el Pontificio Consejo.

El semanario National Catholic Reporter (EEUU) ha indicado que esta es la primera vez que, con el auspicio del Vaticano, se haya puesto en duda la teoría de la guerra justa.

Una crítica esencial de la teoría de la guerra justa —que durante más de 1.500 años ha sido la lógica y la ética que enuncian los parámetros donde se



Algunos participantes del congreso en Roma. [Foto de Gerry Lee/Maryknoll]

Cuestionando la tradición, algunos católicos impugnan un principio que ha servido mucho más para justificar guerras que para impedir las.

## Se cuestiona la «teoría de la guerra justa»

por Tim Huber, en *Mennonite World Review* (25 abril, 2016)<sup>1</sup>

justifica la violencia— es que sus criterios se han empleado típicamente para aprobar las guerras y no para prevenirlas. Como los armamentos modernos son cada vez más potentes, a la vez que hay campañas no violentas que resultan ser efectivas, los organizadores del congreso dicen que esos criterios se ven cada vez más obsoletos.

### No se rechaza la teoría

Schlabach, un profesor en el departamento de teología de la Universidad de Sto. Tomás en Saint Paul, Minnesota, explicó que aunque algunos titulares sobre el congreso anunciaban un «rechazo» de la teoría de la guerra justa, el Vaticano no ha rubricado el documento que produjo el congreso, ni los cambios propuestos.

Unos 80 participantes, activistas por la paz en docenas de países del mundo, han presionado al papa Francisco y a los cardenales más influyentes, para que hagan más por promover estrategias no violentas y humanitarias, y de intervención para el desarrollo.

Los participantes peticionaron específicamente al Papa que considere emitir «un documento de gran calado» con instrucción que reoriente las enseñanzas de la iglesia sobre la violencia.

Mientras se comunica un claro rechazo de la teoría de la guerra justa desde «el filo profético» de las organizaciones católicas por la paz, existe otra realidad, simbolizada por la lentitud del proceso deliberativo necesario para que el liderazgo de la iglesia dé prioridad al tema.

—Existe un llamamiento a que el marco sea uno de «paz justa», por cuanto la propia expresión «guerra justa» es de por sí problemática —dijo Schlabach—. Tal vez los especialistas consideren que la teoría de la guerra

justa brinda criterios muy matizados para evaluar las guerras; pero en la retórica popular y en la iglesia en general, lo que sucede es que no se tienen en cuenta los enunciados de la teoría. Lo que oye la gente es que la Iglesia Católica ha establecido que sea posible justificar la violencia. De manera que son una retórica y un lenguaje inviables.

Schlabach, que antes fue profesor en la universidad menonita de Bluffton, está casado con Joetta Handrich Schlabach, que es pastora de la Iglesia Menonita Faith, de Minneapolis.

### Empezar con Jesús

Algunos observadores indican que existe un movimiento entre católicos por enfatizar más la vida de Jesús, el Sermón de la Montaña y el Nuevo Testamento en general.

—Hay un cambio importante hacia el pensamiento teológico basado en la lectura de la Escritura en lugar de la tradición filosófica de Ley Natural —dijo Schlabach—. Esto se puede observar en las diferentes cartas pastorales y demás pronunciamientos sobre la guerra y la no violencia. En lugar de empezar con categorías filosóficas generales, donde se empieza es con Jesús. Esto genera mayor aceptación.

El éxito del activismo no violento —como el del papa Juan Pablo II en Polonia contra la Unión Soviética, y el de las estrategias de Gandhi frente al Imperio Británico en la India— han generado una aceptación mayor de las prácticas que enuncia Jesús en el Sermón de la Montaña. El documento que emitió el congreso pone: «En todo esto, Jesús es nuestra inspiración y nuestro modelo. Ni pasividad ni debilidad, la no violencia de Jesús fue el poder del amor en acción».

Según Schlabach, los menonitas han tenido una influencia importante en todo esto. Citó expresamente la cooperación del menonita John Paul



Lederach con la ONG Catholic Relief Services, y con el Instituto Kroc por la Paz, de la Universidad de Notre Dame (Indiana).

—Existe mucho más activismo a pie de calle, y hay obispos por todo el mundo, especialmente en el Sur mundial, que han estado dispuestos a aprender nuevas formas de responder —dice Schlabach—. Hay ahora un cúmulo de experiencia y sabiduría de activistas católicos por la paz, que está generando una reputación sólida que va más allá del activismo en las calles.

Esa experiencia, poco a poco, está borboteando por los canales de la jerarquía, y el Vaticano se está enterando del poder de la no violencia.

—Todavía no ha llegado a todas las diócesis y parroquias católicas del mundo —observa Schlabach—, pero cada vez más hay personas en el mundo católico que consideran las evidencias y están dispuestos a repensar sus propios caminos, atentos a lo que pasa en el mundo, en busca de alternativas.

<sup>1</sup> Traducido por DB con permiso de *MWR* para El Mensajero.

Un testimonio personal. Muchos, seguramente, se preguntarán por qué iba a querer alguien identificarse con una «denominación» cristiana. Sería positivo que nuestros lectores de otras tradiciones, pongan también en valor aquella a que pertenecen.

Aunque todo el mundo diga lo contrario

## VI. Por qué me identifico como menonita

por Dionisio Byler

Desde tiempos bíblicos, el pueblo de Dios se ha visto en la circunstancia de que cada persona, además de saberse parte de este pueblo de Dios en general, también ha asumido otras formas de identificación. En Israel eran doce tribus, por ejemplo. No siempre se llevaron bien, aunque siempre se supieron inseparablemente emparentadas.

### Diversidad desde los inicios cristianos

Desde el principio los seguidores de Jesús gozaron de una notable diversidad y autonomía local, obligada por las distancias y la precariedad de las comunicaciones.

Inicialmente el abanico de los cristianos abarcó desde los que estaban convencidos que para hacerse cristiano primero había que hacerse judío, hasta gentiles que se avergonzaban de las raíces judías de su fe. El Nuevo Testamento consagra el esfuerzo apostólico por conseguir un camino medio entre esos dos extremos pero por eso mismo, nos permite ver que esos extremos existían.

Después de que la iglesia adoptara el imperio y sus valores como propios, acabó dividida en tres ramas principales:

- La central y pretendidamente **ortodoxa** o correcta, que se ceñía rigurosamente al dogma emanado de los concilios ecuménicos, tenía su centro en Bizancio bajo la tutela del emperador romano.
- La occidental y pretendidamente **católica** o universal, aceptó la pérdida paulatina de autonomía de sus obispos locales para consagrar al obispo de Roma como su máxima autoridad.
- La oriental o **nestoriana** —que veía con horror que los ortodoxos

y católicos alegaban y creían que Dios tenía Madre y se declaraban devotos de María— se difundieron por Asia central y hasta en la China. Esta tercera rama, tal vez la más interesante, desapareció fulminada por el auge del islam en las regiones de Asia donde había sido fuerte.

Con la Reforma protestante saltó por los aires la unidad institucional de todos los cristianos occidentales bajo el Papa. Desde entonces han proliferado innumerables «denominaciones», cada una con su propia génesis, su propia historia, su propia razón de ser y llamamiento por el Espíritu de Cristo. Esto solamente es negativo si se considera que la única unidad deseable es la institucional, con una misma jerarquía eclesial. Jesús es la cabeza viva y real de su iglesia, sin embargo; y como no ha dispuesto ese tipo de unidad institucional, hay que considerar que seguramente no será eso lo que le interesa.

Si Jesús nunca jamás ha dispuesto en su iglesia una unidad institucional, unidad de doctrinas y jerarquías, tal

vez tenga que ver con el hecho de que Dios siempre ha valorado la diversidad como algo positivo. No hace falta más que fijarse en la naturaleza y la maravillosa multitud de seres vivos diferentes que Dios disfrutó de crear.

¿Y entonces por qué iba a querer Dios otra cosa que diversidad en la iglesia? Lo que ha hecho es generar toda suerte de comunidades de fe diferentes, aptas para las necesidades particulares de cada individuo que se cuenta como hijo de Dios y discípulo de Jesucristo. Comunidades que el Espíritu Santo ha impulsado como respuesta a las diferentes circunstancias que ha afrontado el cristianismo a lo largo de la historia.

Llamarnos unos católicos, otros luteranos, otros metodistas o bautistas o pentecostales —y sí, también, otros menonitas— no tiene entonces nada de negativo o perjudicial para la iglesia, a no ser que con ello alguien quiera señalar un desprecio del prójimo. Y desde luego no es menos virtuoso que pretender ser cristianos «de marca blanca», genéricos, donde es imposible precisar su origen ni su



*Iglesia menonita hoy día (Indiana, EEUU). Los tópicos de rusticidad agraria del pasado ya no son útiles, porque los menonitas nos desenvolvemos con naturalidad en todas las sociedades y en todo tipo de actividad y profesión.*



Iglesia Meserete Kristos (Etiopía). Hoy los menonitas somos una red internacional y multirracial de iglesias, presentes en todos los continentes.

composición teológica. Entiendo que esto último también es respetable dentro de la diversidad, pero no que se pretenda que es superior.

### El redescubrimiento de los anabaptistas

En la rama del cristianismo histórico donde me encuentro, existe últimamente una clara tendencia, acaso irresistible, a preferir identificarse como *anabautistas* en detrimento del término *menonitas*, que fue durante siglos el término preferido. Yo, sin embargo, sigo prefiriendo identificarme como menonita, y en el resto de este artículo procuraré explicar por qué.

Hay, seguramente, motivos comprensibles por ese abandono de la identificación como menonitas. Hay quien rechaza la idea de rusticidad rural que se atribuye a los menonitas en algunos países. Hay algunos grupos de menonitas que en sus comunidades tradicionalistas han rehusado los avances tecnológicos del último siglo. Algunas comunidades menonitas son bastante tribales: están todos sus miembros emparentados entre sí desde hace siglos, comparten apellidos y rasgos genéticos derivados de las dos grandes ramas de sus orígenes, la suiza y la neerlandesa. En algunos países de América estos menonitas «étnicos» conservan sus dialectos del alemán que trajeron consigo sus antepasados al inmigrar.

Todos estos rasgos de algunas comunidades menonitas —la rustici-

dad, el atraso tecnológico, el tribalismo, el idioma propio— hacen que les resulte muy difícil evangelizar a otros; y también muy difícil integrarse en esas comunidades quien no haya nacido en ellas. Es comprensible entonces que otros menonitas, con mentalidad más evangelizadora, deseen distanciarse de esa identificación.

La alternativa se presentó, entonces, con el redescubrimiento de las raíces anabaptistas del menonitismo. Al asumir la identidad de «anabautistas», se podía obviar el medio milenio de tradiciones acumuladas por los menonitas, para volver a las esencias de esta rama del cristianismo como movimiento radical de recuperación de los auténticos valores cristianos. Idealizado el anabaptismo del siglo XVI como movimiento que se saltó quince siglos de historia cristiana para recuperar la fe del Nuevo Testamento, se saltan ahora estos cinco siglos postreros para volver a esa misma revolución. Y para que no le falte un cierto toque de modernidad, se descartan las formas históricas de esa designación en castellano (*anabatista*, *anabaptista*) y se acuña una forma nueva: *anabautista*.

El redescubrimiento del anabaptismo tuvo un éxito fenomenal. Entre otras virtudes, el paraguas del anabautismo resultaba apto para señalar una identidad compartida de diferentes grupos que por el motivo que fuera, no se identificaban con la Iglesia Menonita: Hermanos Menonitas, Hermanos en Cristo, Ámish, Iglesia

de los Hermanos, Amor Viviente, etc., y diversos evangélicos —individuos e iglesias— con afinidad teológica a esta corriente cristiana.

Pero la idea que se divulgó a mediados del siglo XX sobre el anabaptismo del siglo XVI —y que obtuvo tanto éxito— tal vez no se corresponda del todo con la realidad. El anabaptismo no parece haber sido un movimiento único, admirablemente evangélico, bíblico, evangelizador, apostólico y puro. El apodo de «anabaptistas» es el cajón de sastre en que los perseguidores catalogaban como iguales —e igualmente peligrosas— diversas sectas, locuras colectivas, movimientos apocalípticos, alzamientos armados —y sí, también, a los evangélicos radicales que basaban su fe y vida en el Nuevo Testamento.

No fueron más anabaptistas, o mejores anabaptistas, los hermanos suizos con sus convicciones no violentas inspiradas en el Sermón del Monte, que los fanáticos militarizados, polígamos y apocalípticos, que se hicieron con el gobierno de la ciudad alemana de Münster en 1534. Ambos movimientos, por poner sólo dos ejemplos, bautizaron (o «rebautizaron», según como se viera) solamente a creyentes y no daban por válido el bautismo infantil. Y eso, el rechazo del bautismo infantil, era el común denominador suficiente para descalificar a cualquiera como anabaptista y digno de persecución.

### La aparición en escena de Menno

Los hermanos suizos, así como los movimiento equiparables en Países Bajos y Alemania, rechazaban vehementemente el descalificativo de «anabaptistas». En Suiza y Alemania adoptaron el nombre de menonitas (por Menno, ya explicaremos por qué). En Bohemia, Moravia y más allá, adoptaron el nombre de hutteritas (por Jacobo Hutter). Y en Países Bajos se conocen hasta hoy como *Doopsgezind* («de convicción bautista»). Menno se quejó amargamente de que «somos hechos pasar ante el mundo como *anabaptistas, herejes, bribones, engañadores y sediciosos*, y somos arrojados a las aguas, al fuego, a las galeras y los instrumentos de tortura». Esta buena gente consideró tan injusto

el insulto de «anabaptistas», como cualquier otro de los que les arrojaban.

El neerlandés Menno Simons se sumó al fermento de células locales de cristianos que practicaban un bautismo exclusivamente para creyentes, en medio de la ola de profundo rechazo y horror que inspiró el alzamiento anabaptista en Münster y sus muchos crímenes y desmanes.

Gracias a su hondo conocimiento de las Escrituras, Menno supo hilar fino entre las diferentes tendencias anabaptistas: El «espiritualismo» de los que sólo aceptaban la integridad personal interior y renunciaban a plasmar su fe en comunidades de hermanos mutuamente comprometidos. Los desvaríos de profetas apocalípticos que anunciaban el regreso inminente de Cristo —junto con otros disparates que recibían por «revelación». Los alzamientos violentos de quienes vieron en el descontrol de aquellas primeras décadas del protestantismo su oportunidad para promover violentamente el comunismo como mandato divino. Y otras variantes locales de fanatismo religioso.

Menno hiló fino, decíamos, entre esa ensalada de corrientes dispares «anabaptistas», para predicar una adherencia férrea a la enseñanza apostólica del Nuevo Testamento. Anteponiendo las palabras y el ejemplo de Jesús a cualquier otro valor, enseñó a rechazar la violencia y la participación en la guerra. Entendiendo que el corazón es engañoso, enseñó que había que comprometerse a una

comunidad disciplinada donde nos ayudamos unos a otros a conseguir el ideal de seguir a Cristo.

Fue —ya lo había sido en su etapa anterior como sacerdote católico— un predicador elocuente y poderoso, cuyos sermones ungidos traían a los oyentes a los pies de Cristo. Fue también un escritor prolífico que consiguió publicar un número muy respetable de obras. Por la gracia de Dios y a pesar del precio de 100 florines de oro sobre su cabeza, tuvo —cosa realmente rara entre los líderes «anabaptistas» de su generación— una vida relativamente larga y murió en su casa. Sus años de vida le dieron oportunidad de dar continuidad a su ministerio, ahondando su influencia.

Fue Menno, por todos estos factores, el hombre que levantó Dios para juntar las ascuas dispersas de las células de creyentes que se adherían con claridad evangélica a Cristo y el Nuevo Testamento. Ascuas aisladas que corrían peligro de apagarse, almas sedientas de enseñanza hondamente bíblica después de tanto disparate sectario, personas que anhelaban mesura y cordura después de tanto fanatismo y locura. Personas, sin embargo, que rechazaban el protestantismo estatal porque conservaba demasiada continuidad con el catolicismo imperial; un protestantismo que predicaba con la boca el evangelio del Nuevo Testamento, pero sin poner en práctica la santidad personal ni la disciplina de comunidades de hermanos y hermanas comprometidos. Porque al ser estatales, de las iglesias protestantes —igual que de la católi-

## Consulta

La segunda quincena de abril hicimos una consulta entre los lectores del sitio donde se aloja El Mensajero, por si el título con que se presenta, «Cristianismo menonita» pareciera pecar de exceso de «denominacionalismo». Para nuestra sorpresa una amplia mayoría —56%— de los que participaron, preferían dejarlo como está, con los demás repartidos entre las otras dos opciones. Faltaba, sin embargo, la opción de cambiarlo a «Cristianismo anabautista» y quién sabe si eso hubiera alterado el resultado. Tal vez haya que repetir la consulta algún día, con esa opción.

Agradecemos a todos los que participaron en la consulta.

ca— eran igualmente miembros tanto los convertidos como «el mundo».

No todo lo que predicó y practicó Menno hace medio milenio sería recomendable hoy, en el siglo XXI. ¡Dios nos libre de tradiciones de los hombres, de encumbrar una personalidad humana y creer que sea necesario adherirse ciegamente a sus ideas! Pero puestos a identificar con cuál rama de la iglesia comulgo, dónde me encuentro yo en el amplio y diverso espectro de la experiencia cristiana, acepto con satisfacción el apelativo de «menonita», que me parece más útil y claro que el de «anabautista».

Desde luego si otros —mi iglesia local a la que pertenezco, sin ir más lejos— prefieren identificarse como anabautistas, estoy dispuesto a asumiirlo. Aunque me parezca injusto con las largas generaciones de menonitas que mantuvieron la fe a lo largo de medio milenio, entiendo que estas cosas a veces adquieren peso propio y que el neologismo «anabautistas» puede acabar siendo —para otros ya que no para mí— la palabra con que se prefieran identificar dentro de la maravillosa diversidad de la familia cristiana.



Congreso Mundial Menonita (Pensilvania, EEUU, 2015).

## Noticias de nuestras iglesias

### 10º Aniversario AV

**Barcelona**, mayo —Hace un poco más de diez años, se inició un sueño de los pastores de las iglesias Amor Viviente Honduras. Más que un sueño, creíamos seriamente que Dios nos estaba impulsando a comenzar algo en España. Con grandes esperanzas y pocos recursos, nuestra alternativa era creer y confiar en la provisión de nuestro Dios, la cual no se dejó esperar. Los días 29 de abril a 1 de mayo, celebramos el décimo aniversario de haber comenzado las primeras reuniones de lo que hoy es nuestra iglesia. Damos gracias a nuestro buen Dios y Señor Jesucristo a quien servimos. Él nos ha bendecido permitiéndonos ver cómo ha iniciado y cómo ha ido creciendo bajo su cuidado nuestra congregación. Es hermoso ver cómo cada día se va formando el carácter de Cristo en la vida de los hermanos. Queremos agradecer a los hermanos de las iglesias AMyHCE por todo su apoyo, sus oraciones y su compañía.

La celebración de nuestro aniversario, bajo el lema «Bendecidos para Bendecir», fue engalanada por la presencia de José Luis Suarez, Maribel, Abel, y la hermana Emily, de la iglesia Menonita de Barcelona. También nos visitó el Pastor Javier Soler desde Honduras, junto al



Hermano Julio Almendares y la hermana Miriam Lozano, que junto a más de 300 personas nos gozamos y

alabamos juntos a nuestro Señor.

—A. Montes



### Construir puentes

**Barcelona**, 5 de mayo — La Iglesia Evangélica Menonita de Barcelona invita a la Charla-coloquio sobre el tema: *Construir puentes con el mundo musulmán*, con el profesor, escritor y teólogo cristiano David Shenk.

El evento tendrá lugar en la Avda. Cardenal Vidal i Barraquer nº 28 de Barcelona, el 4 de junio de 2016, a las 10:30 h. Se ruega confirmación al teléfono 620053590 o al email: suarez.abel70@gmail.com.

David Shenk nació en Tanzania en el seno de una familia misionera menonita, donde vivió hasta la adolescencia cuando se trasladó a los Estados Unidos.

Su ámbito de trabajo son las relaciones interreligiosas así como la educación en el entorno internacional. Ha enseñado en Somalia y en Nairobi (Kenia). Ha colaborado en la enseñanza en diversas universidades de Estados Unidos. Recientemente, ha desarrollado su actividad en la Universidad Internacional LCC de Lituania, como decano y profesor de teología. Ha visitado alrededor de 100 países centrandó la atención en los problemas de la fe cristiana en un mundo de pluralismo religioso.

Está especializado en las relaciones cristiano-musulmanas.

En 2001 fue invitado por la Asociación de Estudiantes Musulmanes para organizar seis conferencias en el Reino Unido.

Desde 2004 ha participado en un proceso de diálogo entre menonitas y musulmanes chiitas, patrocinado por el Instituto Ayatollah Jomeini en Qom (Irán).

De su bibliografía, cabe destacar:

- *Diálogo entre un musulmán y un cristiano*
- *Justicia, Paz y Reconciliación en África*
- *Dioses globales: Explorando el rol de las religiones en las sociedades modernas*
- *Anabautistas al encuentro de musulmanes: Una llamada para la presencia en el camino de Cristo*
- *Cristiano, Musulmán, Amigo: doce vías para una relación real*



## Diccionario de términos bíblicos y teológicos

**bautismo** — Término griego que significa inmersión o sumersión, es decir, meter en el agua. Los baños rituales de purificación eran parte de la tradición israelita desde siempre, una tradición que actualizó Juan «el bautista» y a continuación adoptó también Jesús.

Con Juan, el baño de inmersión en el río Jordán vino a significar la purificación personal —el «arrepentimiento»— con que el individuo se declaraba emocional, mental y espiritualmente dispuesto a pertenecer al anunciado surgir del reinado de Dios en su pueblo Israel. El reinado mesiánico de Dios en Israel venía siendo profetizado desde hacía siglos, pero Juan anunció que por fin estaba por llegar el momento.

Jesús no explica en qué se diferenciaba —si es que en algo— su adopción del bautismo de Juan, con que también se bautizaron los que seguían a Jesús. Pablo, sin embargo, en sus cartas, explica el sentido que la iglesia primitiva empezó a dar al acto bautismal. Podía seguir significando, por supuesto, la adhesión personal al proyecto de Dios de actualizar su reino en la humanidad; podía seguir significando el arrepentimiento y una disposición a purificarse del pecado y la rebeldía contra Dios como quien lava suciedad de su piel cuando se baña. Pero Pablo explica que también significa asumir la muerte y resurrección de Jesucristo.

La inmersión en el agua podía ahora significar —según Pablo— nuestra identificación con la muerte y el sepulcro de Jesús. Esto es un arrepentimiento, si cabe, aún más dramatizado que el de solamente bañarse. Ya no es suficiente una limpieza: lo que hace falta es abandonar esta vieja «carne» corrupta y corrompida por viejas costumbres de rebeldía contra Dios. Así como dejaron a Jesús sepultado bajo tierra y sellado detrás de una piedra enorme, los cristianos se disponen a abandonar su propia vida primera, morir al viejo yo, hacer suya la muerte de Cristo.

Pero Cristo resucitó. Y así como salió vivo del sepulcro con un cuerpo real y material —si bien diferente al cuerpo que entró a su tumba— ahora el creyente emerge del agua bautismal una nueva persona, con otras capacidades morales y espirituales que no estaban al alcance de su vieja «carne» por mucho que se esforzara.

El bautismo en la iglesia primitiva era un acto de máxima seriedad y compromiso. Los que se convertían del paganismo eran instruidos detalladamente y mediante exorcismos renunciaban expresamente a todos los dioses y espíritus y fuerzas ocultas que podían afectar su voluntad, arrancando de sus vidas cualquier otra lealtad que no fuera la más absoluta y completa lealtad al Dios de Israel. Siempre que afloraban viejas costumbres o actitudes contrarias a Cristo y sus enseñanzas, se volvían a someter a instrucción y exorcismo hasta que la iglesia quedaba satisfecha de que ya todo aquello quedaba superado. La preparación para el bautismo podía tardar años enteros. El problema no eran las creencias: eran las viejas lealtades; hábitos y conductas y actitudes contrarias a Cristo.

Los primeros cristianos no tardaron en hallar paralelos entre el acto bautismal y el *sacramentum* por el que los militares romanos juraban lealtad al César como su señor, su soberano indiscutible y su dios. Los militares romanos debían adorar y ofrecer sacrificios al César y se expresaban dispuestos a morir y matar por él. Por la obediencia que juraban al César, marginaban su propia conciencia y sus propias nociones del bien y del mal.

Por eso cualquier cristiano bautizado que entraba al servicio militar se apartaba automáticamente de la comunión de la iglesia. Su posterior *sacramentum* militar anulaba e invalidaba su bautismo de lealtad a Cristo, que los cristianos empezaron a llamar también «sacramento».

Y a la inversa, en la iglesia primitiva cualquier militar que se bautizaba como cristiano pasando como todos

por el exorcismo de sus lealtades anteriores, invalidaba y dejaba sin valor su *sacramentum* de obediencia militar. Asumía así un riesgo enorme de martirio, porque en cualquier momento su lealtad a Cristo podía desembocar en desobediencia a sus superiores, lo cual se castigaba con la muerte.

Hoy día nos cuesta mucho entender esa clase de compromiso y cambio absoluto de lealtades, como lo que significó el bautismo para los primeros cristianos. Nos cuesta mucho imaginar que alguien se juegue la vida por sus convicciones. Nos cuesta mucho considerar cabalmente lo que significa morir a nosotros mismos para renacer entregados a Jesús y al prójimo —y hasta al enemigo. Es esencial recuperar otra vez la noción de la seriedad de compromiso que supone bautizarnos.

Dicho todo esto, se comprenderá que en nuestras iglesias es inconcebible el bautismo infantil. Solamente una persona si no adulta por lo menos ya con criterios morales bien desarrollados, puede asumir un compromiso de tamaño calado.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10  
09197 Quintanadueñas (Burgos)  
**Director:** Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

[www.menonitas.org](http://www.menonitas.org)